

35 SEXUALIDAD Y AMOR HUMANO

La sexualidad como uno de los dones más preciados de la vida humana merece especial consideración. Dimensión profunda que se integra y llega a su paroxismo en el amor humano. Si miramos a la estructura del varón y de la mujer, observamos que son seres complementarios y mutuamente implicados.

Hombre y mujer, dos vocaciones

Si las facultades afectivas predominan en el psiquismo femenino, el poder de acción domina en el psiquismo masculino. La talla y el peso (promedio de masa corporal), las disposiciones masculinas del cuerpo del hombre suelen ser más fuertes que las del cuerpo femenino. El organismo masculino es una robusta máquina con una gran potencia respiratoria; es un motor de gran rendimiento, hecho para el esfuerzo y el peligro, para la lucha y la aventura. El organismo femenino es más frágil: esqueleto más pequeño, más delicado, capacidad pulmonar más reducida; el cuerpo de la mujer parece sobre todo un acumulador de energía.

Fuerza viril. Dios -a través de la Evolución de millones de años- hizo aparecer sobre nuestro planeta Tierra, al varón para tareas que exigen vigor y resistencia. Le encargó asegurar la subsistencia, ser el apoyo de su esposa y de sus hijos: "*Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado. Porque eres polvo y al polvo volverás*" (Génesis 3, 19).

Gracia femenina El cuerpo de la mujer está especialmente diseñado y conformado para la maternidad. Para su misión preferencial en el plano de conservación de la especie, la Naturaleza le ha dado encantos, gracia y

poderosos atractivos. La mujer, en el bello sentido de la palabra, es la que conserva la vida, la que coloca en el hogar y en cualquier lugar donde se halla la nota de delicadeza, de gracia y de calor. El hombre y la mujer se complementan. Jamás se sustituyen. Hoy, ante la promoción estupenda de la mujer, cuando ésta ocupa puestos en las oficinas, en la banca, en el gobierno, en la fábrica, debe conservar su puesto siendo profundamente femenina. La verdadera mujer pone la nota humana y espiritual en cualquier lugar y actividad donde se encuentra

"Una sociedad que excluyera la influencia femenina tendería fatalmente hacia un tipo de cuartel."

(Daniel Rops).

La sensibilidad masculina y la sensibilidad femenina tienen, pues, que colaborar para engendrar una sociedad, verdadera e integralmente humana.

"La relación entre la mujer y el varón es de reciprocidad y colaboración mutua. Se trata de armonizar, complementar y trabajar sumando esfuerzos. La mujer es corresponsable, junto con el hombre, por el presente y el futuro de nuestra sociedad humana".

(Obispos latinoamericanos: Documento de Aparecida, n° 452).

Función de la sexualidad

El mundo-en-evolución es como una *sinfonía inconclusa*, que la persona humana tiene por misión acabar y perfeccionar. Dios-Omega ha hecho que la Materia alcanzara en nuestro planeta el nivel de la Vida y que el nivel de la vida alcanzara el nivel del Pensamiento (es entonces cuando hace su aparición el grupo zoológico humano, conformado por varones y hembras). Múltiples son las tareas del ser humano para llevar adelante la Evolución, la gran sinfonía inconclusa de la Creación. Omega ha dado al ser humano, en pareja de varón y hembra, la responsabilidad y la capacidad de transmitir la vida a sus propios hijos y descendientes: *"Dios los bendijo diciéndoles: Sean*

fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla". (Génesis 1,28).

Esa fuerza secreta que Dios-Omega deposita en nosotros y que nos empuja a "acabar lo que falta de la evolución", en lo que se refiere a la procreación de la especie humana se llama *instinto de reproducción*.

Para la transmisión de la vida física, existen dos sexos dotados de órganos diferentes, pero complementarios y de un instinto de atracción mutua: *el instinto sexual*. Que es primero curiosidad y atractivo casi químico, después simpatía que se torna en comunicación, en enamoramiento, en amor y pasión. Y puede llegar a ser amor exclusivo, estable y fecundo en la unión conyugal o matrimonio.

1. La sexualidad: diálogo de amor

Si la sexualidad tiene valor en la vida humana no es sólo en cuanto potencia natural para procrear, sino ante todo como RELACION INTERPERSONAL, de dos libertades que se encuentran, esto es, como lenguaje del amor humano. Es la visión de la pareja humana que nos presenta el autor sagrado en Génesis 2, 21-25. *"Por eso, el varón deja a sus padres, para unirse a una mujer, y son los dos una sola carne"*.

Dios quiere dar al varón un "alguien" que pueda estar delante de El en condiciones de igualdad, un "otro", un "tú" que realice a la vez la alteridad y la identidad de la naturaleza humana. La exclamación del varón cuando le presenta la mujer (*"esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne"*). (Génesis 2, 23) es el primer "canto de amor" y la comprobación gozosa de ese "alguien" que el Autor de la naturaleza le da.

"La sexualidad mediante la cual el varón y la mujer se dan el uno al otro con los actos propios y exclusivos de los esposos, no es algo puramente biológico, sino que afecta al núcleo íntimo de la persona humana en cuanto tal. Ella se realiza de modo verdaderamente humano sólo cuando es parte integral del amor con el que el varón y la mujer se comprometen totalmente entre sí".
(Familiaris Consortio 11)

2. La temperancia sexual

La temperancia es la capacidad racional del ser humano que le permite respetar el designio -expresado por Dios a través de la Naturaleza- en el uso del placer que suele acompañar a la satisfacción de necesidades primarias como comer y beber.

Referida a lo sexual, permite respetar la voluntad de Dios en el uso y disfrute del placer físico que acompaña al instinto de la transmisión de la vida y de complementación de la pareja humana.

El hombre libre tiene el poder terrible de perjudicar la obra evolutiva de Dios, como un niño engreído o encolerizado puede pisotear el jardín sembrado por su padre, como los científicos modernos pueden liberar la energía nuclear para destruir y matar.

El instinto sexual y el placer físico que lo acompaña, nos han sido dados para la complementación de los sexos en el matrimonio. Es comportamiento entrópico (a contravía de la gran ley de la Evolución) actuar voluntariamente el instinto sexual y procurarse el placer, desviándolo de su finalidad dentro de la unión estable de pareja o matrimonio (complemento de sexos y eventual procreación).

Desnaturalización de la sexualidad

La sexualidad humana como *diálogo de amor humano*, es un lenguaje del cuerpo que se asemeja a la expresividad del gesto. Es un medio de comunicación humana y de revelación con el otro. Como todo lenguaje debe ser expresivo al máximo, pero también puede desvirtuarse y convertirse en un lenguaje incoherente, equívoco y engañoso.

Encontramos así muchos comportamientos en los cuales o se desvirtúa el diálogo (*homosexualidad*) o se mutila el diálogo al reducir al otro a simple

objeto (*prostitución*), o se anula el diálogo, privándolo de su debido interlocutor (*ipsación*).

En todas estas formas se desnaturaliza la sexualidad, yendo así contra la perfección del ser humano y por lo mismo contra la voluntad de su Creador Omega.

1. La homosexualidad, diálogo desvirtuado

"Por eso Dios permitió que fueran esclavos de pasiones vergonzosas: sus mujeres cambiaron las relaciones sexuales normales por relaciones contra la naturaleza. Igualmente los varones, abandonando la relación natural con la mujer, se apasionaron unos por otros, practicando torpezas, varones con varones, recibiendo en sí mismos el castigo merecido por su extravío" (San Pablo a los Romanos 1, 26, 27).

Con estas duras palabras denuncia la Sagrada Escritura, en el Nuevo Testamento, las prácticas homosexuales que se habían convertido en rasgo característico de un pueblo, y que se habían arraigado en muchos que eran capaces realmente de sentimientos sexuales normales.

El núcleo de esta perversión está en la *tendencia homoerótica*, es decir, la apetencia mutua de personas del mismo sexo. ¿Pero, cómo se llega a esta situación que no acaba de explicarse psicológicamente ni de aceptarse como normal por el código ético y moral de muchas culturas sensatas y confesiones religiosas importantes?

"No está en la mano del hombre {o de la mujer} el sentirse o no atraído hacia el otro sexo. La homosexualidad es de origen desconocido. Entre los que tienen tal predisposición, hay a menudo personas fieles cumplidoras de su trabajo e íntegras. Anhelan en su soledad la amistad; pero aun dado el caso que hallen una amistad realmente fiel, no pueden realizar plenamente sus aspiraciones humanas. El homosexual se encontrará, en última instancia, con el

hecho de que lo sexual en el ser humano no tiene su cumplimiento natural sino en el otro sexo (lo cual incluso está patente en el aspecto físico)" (Nuevo Catecismo para adultos, 369)

2. La prostitución, cosificación del interlocutor

"Si se admite el principio de que es anormal aquella relación sexual en la que no cuenta la persona toda, sino una parte de ella, habrían de ser tratadas como personas anormales desde el punto de vista sexual, como enfermas síquicas, como fetichistas en el amor y aun como necrófilas, aquellas que para saciar sus apetitos sexuales, pagan el cuerpo de una mujer, separando el alma de su cuerpo".

(V. L. Soloviev).

Cuando la relación de dos personas va impulsada por un simple apetito de dominación, el reconocimiento del otro como 'interlocutor' no puede ser real y total.

La prostitución no es sino un caso concreto de esta reducción del otro a esclava, que puede ser conquistada solo negándola como persona y despreciándola al *cosificarla*, es decir, al convertirla en un simple objeto de placer.

La actual promoción de la mujer en todos los campos, que la va reconociendo plenamente como ser humano a igual título que el varón - acabando con la vieja idea del hombre como señor y amo ("machismo")- debe ir ayudando a la promoción del amor humano en las relaciones de pareja.

3. La ípsación, ausencia de interlocutor

"La masturbación hecha costumbre da -por lo general- seres síquicamente replegados sobre sí mismos, especialmente incapaces de elevarse a un auténtico amor sexual". (Bernard Haring, La ley de Cristo, II, 372).

En cuanto a lenguaje, el comportamiento sexual puede ser expresivo de un amor cuando uno se entrega totalmente, cuerpo, alma y espíritu, al otro. Pero puede ser también un lenguaje incoherente y vacío cuando no tiene el interlocutor con quién comunicarse. El núcleo, por tanto, de la ipsación (masturbación) está en la fijación autoerótica (egoísmo sobre sí mismo) que resulta de la práctica habitual, en la cual se priva a la actuación sexual de su carácter de relación interpersonal.

"Los efectos síquicos de la ipsación han de tenerse por serios. La práctica habitual acarrea una actitud síquica peligrosa que se caracteriza por pérdida de la confianza en sí mismo y de la conciencia del propio valor, cuyo lugar ocupan con fijeza sentimientos de inferioridad. A ello se agrega frecuentemente un aislamiento psíquico cada vez más opresivo. El primer apartamiento deliberado fija el autoerotismo y esta fijación va acompañada de pérdidas de la verdadera capacidad de amar, de la aptitud para desbordar el propio yo, por lo que conduce indefectiblemente a la concretización egocéntrica".

(A. Niedermeyer, Compendio de medicina pastoral, 118).

La ausencia de un interlocutor *dialógico* convierte la ipsación en un *monólogo autoerotizante*. La terapia posible en este caso debe fundarse en la reorientación del yo hacia el interés y amor de los demás (amistad, eros, ágape). Sólo así puede recuperarse el significado de relación interpersonal que ha de caracterizar todo encuentro humano profundo.

El sentido del amor

Con este título, Víctor E. Frankl, afamado profesor de la Universidad de Viena y exponente de la Escuela Austriaca de Psicología tiene un capítulo dentro de su obra, traducida a muchas lenguas ("*Psicoanálisis y Existencialismo*", México, Fondo de Cultura Económica).. Es de tal acierto, claridad y aplicabilidad su concepto y explicación del amor humano, que sabios como Teilhard de Chardin lo adoptaron en varios apartes de su obra. Y a quienes

hemos sido toda la vida educadores nos ha sido siempre de mucha utilidad y queremos compartirlo con los jóvenes de hoy. Lo hacemos en síntesis, que sería fácil de graficar en tres círculos concéntricos (uno externo, otro intermedio) y un tercero -denso y reducido- que constituye el núcleo central. Los tres se influyen progresivamente, se retroalimentan e incluyen.

Cada uno de nosotros puede imaginarse como configurado(a) por capas o estratos, al estilo de las capas geológicas. a) Hay un estrato o ropaje o envoltura externa, lo primero que uno se topa cuando se encuentra con otra persona. Son los rasgos físicos, visibles, audibles, tangibles que recubren y abrigan todo un mundo interior de cada persona. b) Viene el sector psíquico, anímico, riquísimo y complejo de cada persona, con sus sentimientos, ideas, temores, complejos, ilusiones, que no se pueden ir descubriendo sino por la mutua comunicación. c) Y todo ello está centrado en un núcleo sustantivo, espiritual, que es único e irrepetible; no hay otro igual en el universo, ni existe clon de él, no es fraccionable, es inmortal; constituye la esencia de cada persona humana y es la que imprime el carácter propio o sello tanto al mundo psíquico como al mundo corpóreo de cada uno (varón o mujer)

El lunar que tiene, el color de los ojos, el modo de hablar, de caminar, de llorar o carcajearse y otros rasgos individuales de pensar, sentir y actuar son así porque son los de esa persona. Su mundo interior, sus gustos, pesares, su psicología son así porque emanan de ese núcleo personal. No se puede hablar de que hay amor entre dos personas porque haya sólo contacto tangencial de las dos esferas corpóreas (por ejemplo simple relación genital). Si hay comunicación de sus mundos interiores, poco a poco, podrá irse dando lo que llamamos una camaradería o amistad y aun llegar a enamoramiento. Pero no se puede hablar estrictamente de amor humano, maduro y estable (y consiguientemente exclusivo y duradero) sino cuando la relación entre dos personas se ha establecido **de centro a centro**, de núcleo a núcleo. Entonces todo lo demás tiene sentido y explicación y funciona "hasta que la muerte los separe". Es el verdadero amor humano: cuando se ama al otro no por lo que "**tiene**" sino por lo que "**es**".

"Ya hemos visto cómo el sentido de la existencia humana tiene su fundamento en el carácter único -peculiar- de la persona y en el hecho de que su vida se viva solamente una vez -singularidad-. Hemos visto, asimismo, que los valores de creación se realizan bajo la forma de aportaciones, que guardan siempre una relación más o menos grande con la comunidad. Y con ello, que la comunidad, que tiende a la creación y la actividad humanas, es lo que confiere un sentido existencial a la singularidad y peculiaridad de su vida. La comunidad puede ser también la meta hacia la que se encamina la existencia. Principalmente, la comunidad entre dos seres, la comunidad íntima de un yo con un tú. Si prescindimos del amor en un sentido más o menos figurado, para concebir el amor en el sentido de lo que es el eros, vemos que es el campo en el que los valores de vivencia se realizan de un modo especial: el amor es, exactamente, la vivencia de otro ser humano, en todo lo que su vida tiene de peculiar y singular".

(V. E. Frankl).

"Por tanto, la actitud puramente sexual tiene como meta la corporalidad de la otra parte y su *intentio* no trasciende, por decirlo así, de esta capa. Por el contrario, la actitud erótica, la actitud del enamoramiento, se orienta hacia lo psíquico; pero tampoco ella penetra hasta el verdadero meollo de la otra persona. Esto lo hace solamente la tercera forma, la tercera posible actitud: la del verdadero y auténtico *amor*" (V.L. Frankl).

"El amor (en el exacto sentido de la palabra) es la más alta forma posible de lo erótico (en el sentido más amplio del término), como la más profunda penetración posible en la textura personal de la otra parte, la vinculación con algo espiritual. La relación directa con lo espiritual en la otra parte constituye, por tanto, la más alta forma posible de emparejamiento. Quien ama en este sentido no se ve tampoco excitado en su propia corporalidad, ni conmovido en su propia emotividad, sino afectado en lo más hondo de su espíritu por el portador espiritual de lo que en el ser amado hay de corpóreo y de emocional, por su meollo personal" (V.L. Frankl).

"El amor es, por tanto, la orientación directa hacia la persona espiritual del ser amado, en cuanto algo único e irrepetible (rasgos que hacen de ella, una persona espiritual). Como persona espiritual, es el centro espiritual de las otras dos capas, la portadora de aquellas cualidades anímicas y físicas hacia las que se orienta el que sólo busca lo erótico (en sentido estricto) o lo sexual; es, como persona espiritual, lo que se halla detrás de aquellas apariciones sexuales, e incluso puramente psíquicas, hasta las que penetran respectivamente, la actitud sexual y la actitud de lo que se llama "enamoramientos". Los fenómenos corporales o anímicos, son, por así decirlo, el "ropaje" exterior o interior que la persona espiritual "viste". Mientras que a la persona orientada sexualmente o a la persona enamorada le llama la atención, en el ser amado, un rasgo corporal o una cualidad anímica, es decir, algo que el ser amado "**tiene**", el que verdaderamente ama no ama, precisamente, algo "**en**" el ser amado, sino que lo ama a él mismo; no ama, por tanto, algo que el ser amado "**tiene**", sino lo que él o ella "**es**".

Quien verdaderamente ama, ve por decirlo así, a través del "ropaje" físico y psíquico de la persona espiritual, para poner los ojos en esta persona misma. No ve, por tanto, un "tipo" de cuerpo capaz de excitarle, ni tampoco un tipo de alma capaz de conmoverle, sino que ve al mismo ser humano, a la persona misma a quien ama como un ser incomparable e insustituible [...] En su amor, quien verdaderamente lo siente, no tiene en cuenta tanto esas o las otras cualidades psíquicas o físicas que puedan darse "en" la persona amada, este o aquel modo de ser que la persona "tenga", sino lo que el ser amado "es", como algo único en el mundo" (V.L. Frankl).

"El milagro del amor humano, es que, sobre un instinto muy simple, el deseo, construye edificios de los más complejos y los más delicados sentimientos. Por sus mágicas operaciones, dos infelices mortales, frágiles, como todos los somos, egoístas como lo son naturalmente los seres vivientes, tímidos, inconstantes, salvajes, se encuentran confundidos en la más íntima y la más deliciosa de las comuniones"

(André Maurois).

Amor humano *eros* y *ágape*

La primera Carta Encíclica del Sumo Pontífice Benedicto XVI (*Deus caritas est*, 25 diciembre 2005, números 3-8) nos enseña bellamente y con autoridad eclesial cómo "entre el amor y lo divino existe una cierta relación [...] el amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo". Entendido como *eros* (amor mundano) inicialmente es sobre todo amor posesivo, vehemente, "ascendente" (fascinación por la gran promesa de felicidad). Entendido como *ágape* (amor fundado en la fe y plasmado por ella) es amor oblativo, "descendente". "Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general". Cuando se vive con plenitud y madurez el amor humano, "al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma para buscar cada vez más la felicidad del otro y deseará ser "para" el otro. Así el momento del *ágape* se inserta en el *eros* inicial". Y el Papa ilustra su pensamiento con la narración bíblica de la escalera de Jacob (Génesis 28, 12), escalera apoyada en la piedra que le servía de cabezal al patriarca, que llegaba hasta el cielo y por la cual subían y bajaban los ángeles de Dios. "En ella los Santos Padres han visto simbolizada de varias maneras esta relación inseparable entre ascenso y descenso, entre el *eros* que busca a Dios y el *ágape* que transmite el don recibido".

En ambos casos (no es texto del Papa sino nuestro), el amor supone un *reconocimiento*. En su encuentro de amigos o de novios, los interesados se reconocen. Los psicólogos y educadores sabemos que el "reconocimiento" es la señal que permite distinguir el verdadero amor de la simple pasión. La pasión no reconoce, es una tendencia instintiva, ciega, 'captativa' (no oblativa) que toma para sí, que se impone, que "conquista" con miras a un disfrutar, importándole poco la persona que "conquista". La pasión no crea lazo ni alianza. El verdadero amor, por el contrario, inspira y anima un encuentro, es

respetuoso, reconocido, admirativo y 'oblativo'. Más que el disfrute, le importa el ser personal que ha descubierto y con quien se compromete, ojalá de núcleo a núcleo, de centro a centro.

"La experiencia nos enseña que amar no significa en absoluto mirarnos el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección" (Antoine de Saint-Exupery, *Tierra de hombres*, VIII, 3).